

METRO, 2 P.M.

Hoy, aunque llegué corriendo como un caballo loco a la estación de Sants, el dichoso tren de cercanías me deja tirado a pesar de mis esfuerzos por entrar, y no lo logro parar. Otra vez he llegado tarde como de costumbre. Pasan cinco minutos y hace calor, mucho calor. Son las 2 de la tarde y casi siempre a esta hora suelen estar los andenes llenos a rebozar.

Mientras espero ansioso al siguiente metro, me va rodeando poco a poco, una multitud de gente rara, tensa, sudorosa, estresada. Vienen todos casi al mismo tiempo transpirando sus toxinas, y su impresionante malhumor por toneladas métricas. Se mueven algunos por mi izquierda, nueve o diez por la derecha, cinco por delante y ya no sé cuantos por la espalda. Así nos vamos apiñando... siento claustrofobia, mi cabeza da vueltas, me falta el aire.

Con urgencia catastrófica busco una salida, una vía de escape... Nada. No puedo pasar, hay demasiada gente. Nadie se mueve de su sitio y me bloquean. Me acuerdo entonces, que a mi espalda había visto días antes una puerta pequeña, un acceso especial, que solo usa el jefe de estación; la encuentro, pero con tan mala suerte que está: clausurada.

Paso a paso, centímetro a centímetro, aquella masa de gente indiferente me va aplastando. Trato de evitar pensarlo pero, los detesto, son como Dragones Mitológicos al acecho. Veo demasiados, quizás millones, y aunque está prohibido fumar, van en medio de una humareda espesa, pestilente, mezcla de los peores olores, algo extenuante. Mi respiración empieza a ser entrecortada y difícil. Siento explotar mi cabeza.

Es ahora cuando más me siento fatigado. Las piernas me flaquean. El tic de mis párpados se acelera, el temblor de mis manos se hace evidente. Taquicardia interminable.

Necesito un sitio para sentarme inmediatamente a descansar. ¿Dónde...? Encuentro un hueco en medio de una losa dura y fría, pero "ellos" también están allí, a los lados, ocupándola y fumando impasibles. Presiento un infarto, pues mi corazón ya casi se sale de su sitio. Han pasado 15 minutos y el maldito gusano de acero no llega. Intento correr hacia la otra boca de metro, buscando la calle, escapar como sea por algún sitio.

Imposible, todo son obstáculos. Debo pues, seguir caminando, bordeando el andén sin mirar atrás porque esta agonía es ya insoportable. ¿Pedir ayuda? ¿Pero a quién...? ¡Solo veo porreros por todo sitio! ¡Dios, por favor que venga el tren yaaa!.

Por mi costado, empujando, casi arrasando a los demás con su inmenso cuerpo, pasa una mujer obesa, mirándome de reojo con odio profundo, lacerante, balbuciendo algo como: ¡Malditos, drogadictos de mierda, hijos de p...!

No le respondo, la ignoro simplemente. ¿Qué puedo decir? Solo me faltaría eso...es por mi culpa, debo tener mal aspecto, la vista enrojecida a causa del humo, ojeras incluso, o qué sé yo, algo por el estilo...

La mujer, al fin se pierde entre aquel laberinto de gente nerviosa, dejándome providencialmente, una estela libre, como un camino por el que alguien se cuelga antes que yo y se acerca hacia mí, de frente, con paso rápido y firme. ¿Qué querrá este? -Me pregunto...

Es bastante joven, buena apariencia aunque suda a raudales. En su mano derecha trae algo que no logro distinguir bien, pero lo imagino, lo aprieta entre los dedos. Busca mis ojos con los suyos ansiosamente, como pidiendo una aprobación, mientras se acaricia los labios en un ademán nervioso justo cuando está a solo un metro de mí.

Yo espero cauteloso, como si no fuera conmigo ¿saben? y el tren nada que pasa. Siento entonces su respiración agitada, que me da en pleno rostro. ¡Coño, qué tarde me doy cuenta...!. ¡También es uno de ellos! Suelto una maldición entrecortada, imperceptible apenas, a la vez que doy un paso atrás, casi con miedo. Agito el periódico para tratar de oxigenarme en vano de alguna manera, y al mismo tiempo de esconderme, como si de un escudo se tratase, pero de nada sirve. "El hombre me sigue, insiste, no me deja ir... ¡el tren... si viniera el maldito tren...!"

Muy cabreado, sigo retrocediendo hasta que la pared me lo impide. Al final, aquél zombie logra atraparme. Han pasado solo unos segundos, pero se le nota intranquilo igual que yo, jadeando y siempre sudoroso, luego suspira con fétido aliento ante mi cara, se prepara y me lanza la terrible e inevitable frase que sale de su boca manchada como un dardo envenenado: ...¿Tienes fuego...?

Al oír esto, siento entonces como mi cuerpo se rompe, se descompone, se desintegra, me duele todo, sin saber que contestar. - Mejor no hacerle enfadar -pienso- por si acaso...

Logro responder con un lacónico "lo siento no fumo"... y acto seguido, justo en el mismo momento en que anuncian algo por los altavoces, dando media vuelta, aquel tipejo se larga por donde vino gruñendo entre dientes, una verborrea infinita que no logro entender del todo salvo sus últimas frases: ¡Cabrones antitabaquismo! ...¡si os vais a morir igualmente...!

Harto ya, y traumatizado, decido salir de aquella estación en busca de un taxi, llevando mi terrible claustrofobia a cuestas. El del micrófono sigue anunciando: ¡Pedimos disculpas, el próximo tren no lleva pasajeros...está averiado...!

REYLOR.

